

## ***Francia (siglos XIX y XX), Alicante, Universidad de Alicante/Casa de Velázquez, 2006, 566 pp.***

La Universidad de Alicante y la Casa de Velázquez organizaron en 2002 un coloquio titulado “La Historia Económica en España y Francia (siglos XIX-XX)”, que reunió a destacados profesores e investigadores de ambos lados de los Pirineos. Cuatro años después, sus contribuciones fueron publicadas en este volumen, organizado en dos grandes partes: la primera sobre la historiografía y la historia económica en España (11 artículos en castellano), y la segunda sobre la historiografía y la historia económica en Francia (9 artículos en francés, mucho menos extensos y desarrollados que los anteriores). Un apéndice final recoge los currícula de los autores.

En la parte dedicada a España, Carlos Barciela y Alfredo Ramón analizan la influencia de la infraestructura física de la Península Ibérica (el relieve, el clima y la hidrografía fundamentalmente) en los procesos históricos de desarrollo de la economía española. El coste del aprovechamiento del medio físico disminuyó a medida que España pasaba de ser una economía agraria a una economía industrial, controlada por el hombre y su creciente capacidad tecnológica. Pero, desde hace algunos años, han aparecido nuevos costes presentes y futuros, derivados de la explotación irracional del territorio que han protagonizado, sobre todo, el turismo y la agricultura de regadío intensiva. Contaminación del aire, desecación de zonas húmedas, deforestación, lluvia ácida y degradación del litoral son sólo algunas de las consecuencias, cada vez más catastróficas, que provoca esta explotación irracional del medio. Los costes, señalan Barciela y Ramón, son difíciles de valorar, porque su cuantificación resulta prácticamente imposible, porque a menudo son tolerados por la legislación vigente, porque se nos escapan elementos de análisis como el posible descubrimiento de recursos energéticos alternativos o de nuevas tecnologías para la utilización de los recursos existentes. Conocer la historia de la ocupación humana ayudará, según los autores, a evaluar en su justa medida los aspectos condicionantes del entorno físico y a asumir un desarrollo económico respetuoso con el medio ambiente.

La siguiente aportación es la de Sebastián Coll, que analiza la influencia de la revolución cliométrica en España a partir de una muestra de artículos publicados en una quincena de revistas españolas y extranjeras durante las dos últimas décadas. El autor concluye su trabajo señalando que el influjo de la cliometría ha sido lento e irregular, pero también continuo, especialmente en el estudio de los períodos más recientes de la historia económica de España. Como colofón, advierte del “peligro cliométrico”, es decir del

riesgo de olvidar variables no numéricas fundamentales en la historia económica, como el contexto institucional o la psicología individual.

María Teresa Pérez Picazo y Antonio Miguel Bernal exponen, en sendos artículos, los avances conseguidos por la historiografía agrarista española dedicada a los siglos XIX y XX. Apoyándose en una amplia bibliografía, Pérez Picazo pone de manifiesto los progresos realizados hasta la fecha, tanto cuantitativos (incremento del número de publicaciones), como cualitativos (nuevos debates, nuevas técnicas, nuevas disciplinas...), progresos que, no obstante, se han visto limitados, según la autora, por la escasa atención relativa prestada por los historiadores de la economía contemporánea al crecimiento agrario decimonónico. Miguel Bernal, que incluye en su escrito numerosas referencias a la bibliografía francesa, propone un balance más pesimista sobre la producción española, señalando, entre otras cuestiones, la insuficiencia de estudios sobre empresas agrarias a nivel microeconómico y la falta de una investigación integrada y coherente sobre la incidencia de la agricultura en el desarrollo económico general de España.

Antonio Escudero y Emiliano Fernández de Pinedo presentan un recorrido historiográfico por la industria española contemporánea, estructurado en tres apartados: la industria de mediados del siglo XIX a 1936 (principales controversias, fuentes y sectores); la minería de 1850 a 1936 (síntesis de la polémica “pesimistas”-“optimistas” en torno a los efectos, negativos o positivos, de la explotación extranjera del subsuelo español); y la industria durante el franquismo (resumen de trabajos generales sobre la economía del franquismo y de otros más específicos sobre la industria, el INI y determinados sectores, empresas y empresarios, y también de las polémicas que estos trabajos han suscitado). La recopilación bibliográfica final, aunque incompleta, resulta muy útil para adentrarse en el conocimiento de la industria española contemporánea.

Pablo Martín Aceña firma uno de los pocos trabajos de historia comparada incluidos en el libro. Examina las diferencias y semejanzas entre los sistemas bancarios español y francés, así como su contribución al crecimiento económico de España y Francia durante el siglo XIX. Los niveles de desarrollo, densidad y diversidad de las instituciones financieras francesas fueron superiores a los de las españolas. Sin embargo, existieron muchos elementos comunes, en particular el gran peso de las entidades emisoras en los sistemas bancarios y en la economía de ambos países; su conservadurismo, entendido como prudencia crediticia y vinculación al estado; y la existencia de un elevado número de banqueros privados distribuidos por todo el territorio nacional y conectados con sus respectivos centros financieros (París, en el caso galo; Madrid, Barcelona y Bilbao, en el caso hispano) mediante una tupida red de corresponsales y agentes. Martín Aceña finaliza su artículo señalando que, considerado en su conjunto, el sector financiero no sólo no ralentizó el crecimiento de la economía española, sino que constituyó un motor mucho más efectivo que otros sectores económicos.

El artículo de José María Serrano Sanz versa sobre el papel del mercado, nacional e internacional, en la historia de España. El grado de apertura exterior de la economía española, que desde mediados del siglo XIX hasta la guerra civil fue comparable al de otros países europeos, cayó espectacularmente de 1939 a 1959, se recuperó tras las medidas liberalizadoras aprobadas ese último año y desde entonces no ha dejado de crecer, de forma que, en la actualidad, la economía española es una de las más abiertas del mundo desarrollado. Prueba de ello es que de 1959 a 2000 las ventas españolas triplicaron su

peso en el comercio mundial y crecieron por encima de las de todos los países miembros de la OCEC-OCDE. Con este breve repaso histórico e historiográfico del comercio exterior de España, Serrano Sanz confirma que la clave de la modernización de la economía española fue su apertura europea e internacional.

Jesús María Valdaliso presenta un interesante recorrido por la producción española dedicada a la historia empresarial en los últimos veinte años. Valdaliso se centra en tres grandes cuestiones, que organizan los apartados de su trabajo, a saber: la disponibilidad de empresarios y su papel en el crecimiento y el atraso económico de España; la competitividad internacional de las empresas españolas; y las relaciones entre los empresarios y el poder político. La historia empresarial, considera Valdaliso, ha realizado una entrada lenta y modesta en la escena historiográfica: lenta, porque la investigación de archivo y la elaboración de monografías llevan su tiempo; modesta, porque la naturaleza microeconómica de los trabajos realizados no permite aún lanzar conclusiones de alcance general. No obstante, el avance historiográfico ha sido notable, puesto que no sólo se ha incrementado extraordinariamente el número de publicaciones, sino que también se han introducido y difundido en España los principales enfoques historiográficos, metodológicos y teóricos del panorama internacional. Hoy resulta indiscutible que la historia empresarial proporciona elementos fundamentales para comprender la evolución económica de España. Finaliza este artículo con un repertorio bibliográfico amplio, aunque no completo, pues fue actualizado para el coloquio (2002) pero no para la publicación (2006).

Francisco Comín examina la intervención del estado en la economía durante los siglos XIX y XX, prestando especial atención a la influencia del ejemplo francés sobre la política económica española. En Francia, el origen del *estado-influencia* se remonta a las políticas mercantilistas de Colbert, su radio de acción disminuyó en el siglo XIX y resurgió con fuerza a partir de la primera guerra mundial y, sobre todo, de la segunda. El caso español, señala Comín, constituye un reflejo un tanto distorsionado, retardado, a escala reducida y con excepciones temporales del modelo francés. Ejemplos de la influencia francesa jalonan la historia económica de España: manufacturas reales del siglo XVIII, reformas tributarias del siglo XIX, planificación indicativa de la segunda mitad del siglo XX, etc. Pero estos episodios se alternan con otros de distanciamiento respecto al modelo francés, como la menor intervención practicada por el estado liberal decimonónico y, más aún, la exagerada intervención que impuso el régimen franquista, supeditando la racionalidad económica al cálculo político y alejando a España de la senda de crecimiento de Europa occidental.

Aurelio Martínez Estévez explora las causas del desarrollo experimentado por la economía española durante el siglo XX, o lo que es lo mismo, los factores que hicieron posible el paso de una economía agraria tradicional a una economía industrial moderna. Tras exponer los grandes cambios cualitativos y cuantitativos de la economía mundial y realizar una reflexión teórica general sobre el por qué del crecimiento económico, trata de aislar las causas específicas del devenir español, respondiendo a las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las variables que mejor explican el proceso español de convergencia? ¿Han permanecido estables a lo largo de todo el siglo XX? ¿En qué se ha diferenciado el comportamiento español del manifestado por otras economías próximas? El autor concluye su estudio indicando que la convergencia española con el país líder se aceleró en la

segunda mitad del siglo XX, gracias a la apertura exterior y, en particular, a la inversión privada extranjera.

José Miguel Martínez Carrión comenta el debate sobre el atraso económico de España, iniciado tras la publicación, en 1975, de *El fracaso de la Revolución Industrial en España* de Jordi Nadal. Las tesis “pesimistas” de Nadal fueron rebatidas en la década siguiente, siendo el libro de Leandro Prados, *De imperio a nación. Crecimiento económico y atraso en España* (1988), el que mejor representó la corriente crítica, al ofrecer una visión “optimista” alternativa sobre el progreso de la economía española. Martínez Carrión pone fin a su escrito destacando los espectaculares avances de la historiografía española en los últimos años, avances materializados, entre otros trabajos brillantes, en *El progreso económico de España* de Prados (2003) y las *Estadísticas Históricas de España* dirigidas por Carreras y Tafunell (2005). Estos trabajos, así como la multiplicación de centros de investigación, encuentros científicos y órganos de difusión, con una proyección internacional cada vez más destacada, permiten al autor augurar unas excelentes perspectivas de futuro para la historia económica española.

La segunda parte del libro, mucho más reducida que la primera, se inicia con el artículo de Gérard Chastagnaret, que subraya el largo magisterio y después pérdida de influencia de la historiografía francesa en España, visible en la falta de herederos de la talla de Fernand Braudel, Ernest Labrousse, Pierre Vilar, Pierre Chaunu o Emmanuel Leroy-Ladurie. Del panorama historiográfico actual, tanto francés como español, Chastagnaret destaca la escasa atención prestada a la historia de las relaciones económicas internacionales, además avisa del riesgo de convertir la historia económica en un mero ejercicio econométrico, y por último señala la necesidad de fomentar la colaboración y el intercambio científico entre los especialistas de ambos países.

Siguen al artículo de Chastagnaret las aportaciones de Jean Pierre Daviet y Olivier Raveux sobre, respectivamente, la trayectoria industrial del litoral de la Mancha desde principios del siglo XIX hasta finales del XX, y la historia y la historiografía de la industria marselesna durante el siglo XIX. Ambos autores descartan la supuesta oposición entre un modelo de industrialización propio de la Europa atlántica y otro correspondiente a la Europa mediterránea, dado que existen múltiples elementos comunes e incluso particularidades locales que hacen que muchos casos, como los aquí estudiados, no se adapten a ningún modelo.

Patrick Verley reflexiona sobre el mercado, la economía de mercado y el capitalismo. Partiendo de las aportaciones de Fernand Braudel y Kart Polanyi, sintetiza las definiciones, problemáticas, condicionantes y contextos espaciales y temporales que con mayor frecuencia han aparecido en la literatura francesa consagrada al mercado y a la economía de mercado. A continuación, se centra en el proceso de regulación del mercado francés durante el siglo XIX y, a modo de conclusión, reivindica las virtudes del “liberalismo político francés”, es decir la defensa de los intereses empresariales a través de las instituciones y los agentes estatales.

El trabajo siguiente es el de Michel Lescure, dedicado al desarrollo de la historia empresarial en Francia durante los últimos treinta años. El hilo conductor de su escrito es la adecuación (o no) del modelo chadleriano a la gran empresa francesa. Lescure defiende la existencia de una *specificité française*, o distanciamiento de la historia empresarial

gala respecto al modelo chadleriano. Este distanciamiento se refleja, entre otros aspectos, en el papel destacado del capitalismo familiar, la densidad de relaciones entre grandes y pequeñas empresas, y la presencia de la mano del estado tanto en la empresa pública como en la privada. Las investigaciones futuras habrán de esforzarse, según Lescure, en diversificar los ángulos de análisis externos a la firma: redes y alianzas, productos y territorios, creación y desaparición de empresas afines, etc.

Las instituciones financieras francesas constituyen el objeto de estudio del artículo de Alain Plessis, que se inicia con un estado de la cuestión y se centra en las relaciones, muchas veces convulsas, de los bancos con las empresas, el estado y la opinión pública francesa. Plessis pone de manifiesto, además, el papel destacado que algunos grandes bancos franceses, como el *Crédit Lyonnais* o la *Banque de Paris et des Pays-Bas*, han desempeñado en el avance de la historia bancaria, y en general económica, del país vecino.

Michel Margairaz aborda el impacto de la intervención del estado en la economía francesa a lo largo de los siglos XIX y XX. La intensidad y alcance de las estructuras, actores y prácticas estatales variaron enormemente según las épocas, pero nunca el estado, señala Margairaz, se opuso totalmente a la iniciativa privada. Por lo tanto, la economía francesa de los dos últimos siglos nunca ha dejado de ser una economía mixta, fruto del mantenimiento, *pour le meilleur et pour le pire*, de una estrecha interdependencia entre el estado y el mercado.

Catherine Omnès se encarga del capital humano, componente esencial del desarrollo económico, que para ser estudiado necesita la perspectiva combinada de la *business history* y la historia social. Omnès realiza un balance historiográfico de la historia social de la empresa francesa durante los últimos treinta años, balance que articula en torno a cinco grandes temas: el lugar de trabajo, la organización y gestión de la mano de obra, la estratificación de los salarios, las relaciones sociales en el seno de la empresa y la salud de los trabajadores.

Cierra la parte del libro dedicada a Francia el artículo de Jean-François Eck, el cual examina cómo se han aproximado los historiadores franceses de la economía a los fenómenos de la mundialización, la regionalización y la regularización. Con algunas excepciones, indica este autor, los especialistas franceses se han interesado más por las grandes empresas que por las pymes, debido, por un lado, a la mayor accesibilidad a los archivos, y por otro, a la influencia de la historiografía chadleriana. Eck concluye advirtiendo a los historiadores económicos de la necesidad de estar muy atentos a los problemas del mundo actual, para ser capaces de responder a las demandas de otras disciplinas y de encontrar audiencia en un público cada vez más amplio, en definitiva para enriquecer sus investigaciones y no aislarse en sus burbujas académicas.

El libro editado por Barciela, Chastagnaret y Escudero aporta valiosos balances históricos e historiográficos, tanto generales como sectoriales, sobre el desarrollo económico de España y Francia durante las dos últimas centurias. Permite conocer los factores principales del crecimiento en ambos países, así como el estado de la cuestión existente en uno y otro lado de los Pirineos. En una visión de conjunto, se observan algunas diferencias entre los temas de investigación y los enfoques aportados por los historiadores económicos españoles y franceses. Fruto de su condición de *late comers*, los españoles han prestado una mayor atención a la agricultura y al debate sobre la modernización y el atraso económico de España. Los franceses, por su parte, han planteado a menudo su

“especificidad”, léase las diferencias de su evolución económica respecto a los países de vanguardia. Además, los historiadores españoles han demostrado un mayor interés por la teoría económica y la econometría, al tiempo que los franceses parecen recelar del uso excesivo de métodos cuantitativos y reivindican las aportaciones de otras ciencias sociales, como la sociología y la política. También se observan, no obstante, puntos de coincidencia entre ambas historiografías, como el papel acordado al capitalismo familiar y a la intervención estatal.

Más allá del interés de las aportaciones referidas, realizadas por especialistas de reconocido prestigio, el libro adolece de una evidente falta de homogeneidad. Como ocurre con muchas obras colectivas, las contribuciones son muy dispares, tanto en su forma (extensión, modos de citación...), como en su contenido (algunas académicas, otras más divulgativas; algunas historiográficas, otras simplemente históricas; algunas con amplios repertorios bibliográficos, otras sin ellos...). Se echa en falta un capítulo introductorio que recoja los criterios de selección de temas y autores, y que permita aclarar, por ejemplo, por qué se incluye la historia industrial de la Mancha y Marsella y no la de otras regiones francesas y españolas, cuando menos de igual importancia en el crecimiento económico general de Francia y España; o por qué no se aborda, siquiera mínimamente, la influencia de la Unión Europea o de terceros países como Estados Unidos, Alemania o Gran Bretaña. Sería también de gran utilidad incluir un capítulo final de conclusiones, que sintetizaran las aportaciones de los autores y propusieran un balance de logros y retos pendientes. Con todo, la principal objeción a realizar es la falta de contenidos sobre la historia y la historiografía *hispano-francesas*. Salvo alguna excepción, se reflexiona sobre el propio ámbito nacional de conocimiento, sin tener en cuenta las posibles influencias históricas e historiográficas de los vecinos transpirenaicos. Exceptuando unos pocos trabajos (4 de 20), apenas hay historia comparada, ni historia de las relaciones bilaterales, ni una simple mención a lo que ha sucedido, está siendo debatido o ha sido editado en el país vecino. En este sentido, el libro constituye, en mi opinión, una “oportunidad perdida”, pero por eso mismo ha de servir de aliciente para futuros encuentros y publicaciones que sienten las bases de una verdadera cooperación bilateral, entendida no como la suma de reflexiones individuales, sino como el producto de una verdadera reflexión conjunta.

ESTHER M. SÁNCHEZ SÁNCHEZ